

# UN REINO DE OLIVOS Y CENIZA

Escritores contra  
la ocupación de Palestina



*Editado por*  
Michael Chabon & Ayelet Waldman

MARIO VARGAS LLOSA GERALDINE BROOKS COLM TÓIBÍN  
JACQUELINE WOODSON MICHAEL CHABON ALA HLEHEL  
MADELEINE THIEN RACHEL KUSHNER DAVE EGGERS  
LARS SAABYE CHRISTENSEN RAJA SHEHADEH EMILY RABOTEAU  
TAIYE SELASI ASSAF GAVRON EIMEAR McBRIDE  
HARI KUNZRU LORRAINE ADAMS HELON HADILA  
EVA MENASSE ANITA DESAI POROCHISTA KHAKPOUR  
FIDA JIRYIS ARNON GRUNBERG COLUM McCANN  
MAYLIS DE KERANGAL AYELET WALDMAN

LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## PRÓLOGO

### *Ayelet Waldman y Michael Chabon*

No queríamos editar este libro. No queríamos escribir, ni siquiera pensar, de manera continuada sobre Israel y Palestina, sobre la naturaleza y el significado de la ocupación, sobre las intifadas y los asentamientos, sobre quiénes tenían unos derechos más válidos, sobre quiénes tenían unos sufrimientos más amargos, sobre quién había cometido unos crímenes más atroces, sobre qué indignación estaba más justificada. Nuestra renuencia a abordar la cuestión era tan intensa que durante casi un cuarto de siglo ni siquiera visitamos el lugar en el que Ayelet había nacido.

Habíamos ido a Israel en 1992, pocos meses después de conocernos. Aunque se había criado fundamentalmente en Estados Unidos y en Canadá, Ayelet había nacido en Jerusalén, hija de emigrantes provenientes de Montreal, y había vivido y estudiado en Israel a intervalos a lo largo de los años; para Michael era la primera vez. Yitzhak Rabin acababa de ser elegido; era una época de optimismo, de nuevas iniciativas, de tranquilidad relativa. Visitamos a familiares y amigos, hicimos las peregrinaciones turísticas de rigor al Yad Vashem, al Muro de las Lamentaciones, a Masada, al mar Muerto. Pasamos también algún tiempo en el barrio musulmán de la Ciudad Vieja de Jerusalén y visitamos las

mezquitas más célebres, tanto allí como en Acre, incluida la de Al-Aqsa. Algunas cosas de las que vio por entonces Michael se colaron, tras sufrir un cambio radical, en las páginas de su novela *El sindicato de policía yiddish*. Fue una visita memorable; la primera, nos figurábamos, de las muchas que íbamos a hacer juntos.

Tardamos veinte años en volver.

A lo largo de ese período, las tímidas esperanzas que siguieron a los Acuerdos de Oslo se esfumaron. Yitzhak Rabin fue asesinado. Se desencadenó una segunda intifada, larga y sangrienta, que fue sofocada con suma violencia. El ritmo y la extensión de la construcción de asentamientos en los territorios ocupados se incrementaron, y la ocupación militar se afianzó más y más, se hizo más brutal, más inmisericorde. Horrorizados y desconcertados por la nube de violencia y destrucción, de represalias y contra-represalias y contra-contra-represalias, asqueados de la deshumanizadora retórica que prevalecía en ambos bandos, hicimos lo que hicieron tantas otras personas que se encontraron en una posición ambivalente intermedia: miramos para otro lado. Optamos por no participar en el debate y permanecemos lejos del país.

Pero en 2014, por invitación del Festival Internacional de Escritores de Jerusalén, Ayelet volvió a Israel. Durante su estancia allí, se encontró con algunos de los valerosos miembros de Schovrim Shtika [«Breaking the Silence»], una organización sin ánimo de lucro compuesta por antiguos soldados israelíes a quienes el servicio militar obligatorio en los territorios ocupados llevó de manera inexorable

a trabajar con enorme vigor y valentía para oponerse a la ocupación e intentar ponerle fin. *Breaking the Silence* llevó de excursión a Ayelet a la ciudad de Hebrón y sus colinas. Le presentaron a Issa Amro, el fundador de un movimiento de base llamado Jóvenes contra los Asentamientos, cuyas actividades y campañas no violentas destacan entre las más importantes y creativas de Cisjordania. Por primera vez Ayelet tuvo un conocimiento claro y visceral de lo que significaba la ocupación, de cómo funcionaba, y de las décadas de planificación estratégica por parte de los israelíes que acabaron por crear la gigantesca burocracia militar, a menudo brutal y siempre deshumanizadora, que la supervisa y la controla.

Luego Ayelet fue a Tel Aviv y pasó algún tiempo en compañía de escritores, cineastas, artistas e intelectuales que viven en esa ciudad cosmopolita, en la que las parejas gays caminan por la calle cogidas de la mano, en la que los restaurantes elegantes ponen su propio sello creativo a la cocina tradicional de Oriente Medio, y donde el ritmo y el tenor de vida de la población es *sababa* (término coloquial israelí, de origen árabe, cuyo significado sería similar al del americano *chill* o el español «guay»). La ciudad echa chispas; bulle. Y mira para otro lado. Paseando por las calles de Tel Aviv uno nunca podría imaginar que a una hora de coche millones de personas viven y mueren bajo un régimen militar opresivo.

Ayelet se lo pasó estupendamente en Tel Aviv y ahí está el problema. Se encontró muy a gusto en su país natal, lo que se dice como *en casa*. Pero si se sentía de esa manera

—con la sensación de que de algún modo pertenecía a ese país, por su nacimiento, por su temperamento y por su educación, por ser judía— entonces también tenía cierto grado de responsabilidad en los crímenes y las injusticias perpetradas en nombre de ese hogar y de su «seguridad».

Sin embargo, una vez que hubo llegado a esa conclusión, Ayelet se enfrentó de inmediato a otro problema: se sintió impotente. ¿Cómo podía hacer algo que supusiera un cambio significativo, por pequeño que fuera, en ese laberinto inabordable que se había revelado superior a los mejores y los peores esfuerzos de decenas de presidentes y primeros ministros, de secretarios de Estado, de ganadores del Premio Nobel, de ONG, de estadistas y diplomáticos y activistas en pro de la paz, por no hablar de generaciones de extremistas violentos de toda índole, que habían intentado dar cada uno su propia solución a estos problemas?

Cuando Ayelet volvió de su viaje contó a Michael lo que había visto en Hebrón. Describió los barrotes de acero que habían sido colocados en las puertas de las casas, encerrando a la gente en sus propios hogares. Relató el escalofriante momento en el que un par de muchachos palestinos se habían atrevido a poner los pies en la calle principal de su ciudad, una calle por la que los palestinos tenían prohibido pasear, arriesgándose y poniéndose a merced de los soldados fuertemente armados de las Fuerzas de Defensa de Israel (Tzáhal, por su acrónimo en hebreo), en un gesto que respondía a una mezcla de aburrimiento, bravuconería y desesperación. Contó lo asqueada que se había sentido al ver las pintadas escritas —en hebreo— en las paredes de

la Hebrón palestina pidiendo la muerte de los árabes. Le contó el relato de las cosas que había visto y oído, y cuando Michael lo escuchó, su renuencia, fruto de décadas de desencanto y de desconexión, empezó a debilitarse.

A medida que iba debilitándose, los dos empezamos a darnos cuenta de que la propia narración —el testimonio, en un lenguaje vivo y claro, de las cosas vistas personalmente y de los incidentes que presenciamos— tiene la facultad de atraer la atención de mucha gente que, como nosotros, ha dejado hace mucho tiempo de prestar atención o que simplemente se ha dado por vencida.

La narración: ese era un territorio, libre y sin restricciones, que conocíamos. Y lo que es más importante, conocíamos a un montón de *narradores*: escritores y novelistas creativos cuyo trabajo consiste simplemente, según decía Henry James, en ser personas «en las que nada se pierde». Obligados por su profesión a prestar atención, tenían la habilidad y el talento, si éramos capaces de animarlas, de animar a otros, gracias a su dominio del lenguaje y a su vista para contar el detalle, para que a su vez animaran a la gente a dejar de mirar para otro lado, a adoptar una mirada distinta, y tal vez a ver algo que cincuenta años de noticias, de libros blancos y de propaganda habían pasado por alto.

De ese modo, conscientes de la inminencia del mes de junio de 2017, quincuagésimo aniversario de la ocupación, fuimos corriendo la voz, contactando con escritores de todos los continentes, salvo la Antártida, de todas las edades y de ocho lenguas distintas. Escritores identificados como cristianos, musulmanes, judíos e hindúes, y también escrito-

res sin ninguna filiación religiosa. Algunos ya habían hecho públicas claramente sus opiniones políticas sobre el asunto Palestina-Israel, pero la mayoría no lo había hecho, y muchos reconocieron desde el primer momento que en realidad no habían prestado atención al tema más que de refilón. Para muchos era la primera visita que hacían a la zona; otros volvían a un lugar que conocían bien. Los escritores palestinos e israelíes escribían sobre su propio país. Todos se marcharon, como casi no nos habíamos atrevido a esperar, llenos a rebosar de la viveza de lo que habían visto y de la necesidad de expresarla con palabras, de compartir el relato.

A lo largo del año 2016 los autores de los ensayos del presente volumen, en pequeños grupos que fueron desde una hasta siete personas, viajaron a Palestina-Israel, en delegaciones organizadas por Breaking the Silence. Una vez allí, pasaron la mayor parte del tiempo en los territorios ocupados, en barrios de Jerusalén Este como Silwan, Sheikh Jarrah o el campo de refugiados de Shuafat; en ciudades de Cisjordania como Hebrón. Ramallah, Nablus, Jericó y Belén; en aldeas cisjordanas como Nabi Saleh, Susiya, Bili'in, Umm al-Khair, Jinba, Al-Wallajeh, Kufr Qaddum; y en la Franja de Gaza. En todos estos lugares los escritores se reunieron con los organizadores de la comunidad palestina y con líderes de los movimientos de protesta no violenta, entre ellos Issa Amro, así como con propietarios de tiendas, artistas, intelectuales y trabajadores, defensores de los derechos de la mujer y periodistas, hombres de negocios y labradores, abuelos, padres e hijos. Se reunieron también



con colonos israelíes y con activistas contrarios a la ocupación, juristas comprometidos con la defensa de los derechos humanos, académicos y escritores, tanto israelíes como palestinos. En todos los casos la inclinación y el interés concreto de los distintos escritores siguieron su propio rumbo: unos se quedaron a dormir en las casas de la gente, en campos de refugiados, en aldeas y ciudades de Palestina, mientras que otros fueron a explorar fábricas de jabón y yacimientos arqueológicos. Algunos visitaron el tribunal militar, otros pasaron algún tiempo con las familias desconsoladas de víctimas palestinas e israelíes. Los temas escogidos por los autores fueron muy distintos y variados; la amplitud de la experiencia, de la perspectiva y de la narración queda reflejada en las páginas de este libro.

Queremos ser muy claros. No tenemos ninguna de las expectativas políticas de estos escritores. Los invitamos a participar en este proyecto basándonos en su excelencia literaria y en su influencia sobre un público lector amplio y entregado, cada uno en su propio país y en muchos casos en todo el mundo. No los censuramos ni intentamos limitar sus palabras de ninguna manera. Lo que vieron es lo que escribieron y lo que ustedes leerán. Un equipo de escrupulosos correctores ha trabajado durante meses para confirmar la veracidad y las bases fácticas de cada uno de estos ensayos.

Por último, como todos los escritores implicados en este proyecto, ninguno de nosotros ha cobrado ni recibirá pago alguno de ningún tipo por nuestro trabajo. Todos los derechos de autor devengados por la venta de *Un Reino de oli-*

vos y ceniza, una vez deducidos los gastos, serán repartidos entre *Breaking the Silence* y Jóvenes contra los Asentamientos, cuyo arduo y oscuro trabajo no remunerado continuará durante mucho, mucho tiempo después de que el lector haya vuelto la última página del libro.

## EL CUIDADOR DE PALOMAS

*Geraldine Brooks*

Sus planes eran muy concretos: no atacarían a las mujeres, ni a los viejos, ni a los niños como ellos. Su objetivo, según quedaron, serían hombres próximos a la veintena o de veintitantos años, o sea jóvenes en edad militar. Todo esto lo acordaron antes de salir de la casa.

Hassan Manasra, de quince años, cogió un cuchillo de trinchar de la cocina de su madre, pero su primo Ahmed, de trece, no lograba encontrar el cuchillo largo, semejante a un puñal, que tenía intención de utilizar como arma. Tardó un rato, pero por fin lo localizó, oculto en un aparador, donde su padre lo había escondido para su salvaguardia.

Los Manasra vivían en un bloque de casas multifamiliares que ocupaba casi una manzana entera del barrio de Beit Hanina, al pie de la colina de Jerusalén. En el patio compartido, media docena de bicicletas de diversos tamaños están apoyadas en un árbol o yacen en el suelo junto a la elevada puerta de entrada. Diez hermanos y sus familias comparten el recinto, y los niños se mueven con gran flexibilidad por los pisos de unos y otros. Tío o padre, hermano o primo: no hay mucha diferencia. Aunque las escaleras tienen el aspecto provisional, como si todavía estuvieran en construcción, de las viviendas en constante estado de am-

pliación, dentro las habitaciones están amuebladas de manera bastante formal: estampas de paisajes alpinos, sofás forrados de terciopelo, manteles de encaje. En la alcoba de Ahmed, las sábanas tienen un estampado de astronautas de tebeo. Es el domicilio de un clan modestamente próspero cuyos cabezas de familia regentan una tienda de comestibles de propiedad familiar, ejercen distintos oficios o se dedican al transporte.

Hasta el 12 de octubre de 2015, Hassan y Ahmed seguían el mismo horario que todos los primos en edad escolar de la familia: ir a clase, volver a casa, comer, cambiarse de ropa y luego bajar a jugar a la zona que sus tíos habían despejado para ellos en el terreno sin uso al pie de la autopista que separa Beit Hanina del barrio contiguo de Pisgat Ze'ev. A veces los primos jugaban al fútbol, pero a Hassan y Ahmed en particular les gustaba practicar parkour, la disciplina gimnástica consistente en correr utilizando los espacios urbanos como si fueran los obstáculos de una carrera. Las torres de la luz de cemento y los taludes herbosos situados al pie de la carretera eran ideales para practicar saltos y volteretas.

La autopista separa dos barrios de Jerusalén Este —la Casa de Hanina y el Pico de Ze'ev— situados uno enfrente de otro, a cada lado de un valle poco profundo. Los dos son centros habitados desde hace mucho tiempo. Beit Hanina era el hogar de unas cuantas familias de agricultores ya en época cananea; en Pisgat Ze'ev las excavaciones han sacado a la luz baños rituales del período del Segundo Templo. Los dos barrios han experimentado un crecimiento

explosivo de la población desde 1967, cuando Israel arrebató este territorio a Jordania durante la guerra de los Seis Días. Durante los años siguientes, las zonas urbanizadas se han ido extendiéndose de un barrio a otro a través de un terreno que en otro tiempo ocupaban solo olivares y viñedos. Ahora, la concurrida carretera es lo único que marca la división entre el barrio palestino y el judío. Pisgat Ze'ev es la última parada del tranvía de Jerusalén, y Benit Hanina la antepenúltima. Los residentes de los dos barrios viven codo con codo, pero habitan dos mundos totalmente distintos.

Pisgat Ze'ev, así llamado en memoria del sionista revisionista Ze'ev Jabotinsky, fue uno de los asentamientos construidos a toda prisa en el territorio anexionado por Israel después de la guerra, con la intención de conectar y engrosar las zonas judías de Jerusalén Este. Aunque esa anexión sigue siendo ilegal según el derecho internacional (por lo pronto, Estados Unidos no la ha reconocido), Pisgat Ze'ev es ahora uno de los barrios más grandes de Jerusalén, con unos cuarenta y dos mil residentes, unos quinientos de ellos palestinos. Han crecido en él árboles de sombra que suavizan las líneas de sus bloques de pisos de mediana altura, revestidos de piedra, y las bulliciosas zonas comerciales. Beit Hanina ha crecido orgánicamente con el tiempo a partir de sus orígenes como pequeña aldea, y contiene una gran variedad de casas nuevas y viejas. Viven allí unos treinta y cinco mil palestinos, dentro del territorio anexionado por Israel. Otras mil personas han sido desligadas de sus vecinos mediante la construcción de la barrera de separación levantada hace una década a raíz de la oleada de

atentados perpetrados por terroristas suicidas que caracterizó la sublevación conocida como la segunda intifada. El amenazante muro de hormigón, que separa la mayor parte del territorio anexionado y reclamado por Israel de los terrenos ocupados que administra el ejército israelí, tiene unas implicaciones enormes. Los que viven en el lado palestino no pueden cruzar a la parte anexionada de Jerusalén Este —para ir al trabajo o a la escuela, para visitar a la familia o para hacer la compra— si no disponen de un pase temporal emitido con carácter discrecional por las autoridades israelíes.

Al otro lado de la barrera, los palestinos gozan de libertad de movimientos, pero a menudo tienen que enfrentarse a la hostilidad de los radicales judíos, cuyo número ha aumentado con el giro a la derecha experimentado por los israelíes en los últimos años. Cuando se levantan por la mañana, los residentes de Beit Hanina se encuentran a veces con mensajes pintados con espray en las paredes de sus casas que rezan ¡MUERTE A LOS ÁRABES! o ¡JERUSALÉN PARA LOS JUDÍOS! Los coches han sido destrozados y quemados, y los neumáticos rajados. Los palestinos echan la culpa de todo ello a los fanáticos de Pisgat Ze'ev. Y los habitantes de Pisgat Ze'ev no dudan en culpar inmediatamente a los palestinos de los delitos cometidos en su barrio.

No hace muchos días, una mujer judía increpó a los chicos de la familia Manasra cuando estaban practicando parkour debajo de la autopista. Los acusaba de haberle robado los guantes a su hijo. El tío de los muchachos, llamado también Ahmed, que estaba en casa en ese momento, acu-

dió al ver la escena. «Cuando llegué allí, los chicos parecían conejos asustados, rodeados de colonos y de policías», dice. Debido a la ola de vandalismo, sus hermanos y él habían instalado una cámara de seguridad en el exterior del bloque. Propuso que la policía repasara la grabación y comprobara si los chicos habían dejado la zona para ir a robar al barrio israelí. La película demostró que habían estado jugando inocentemente debajo del puente en el momento del supuesto robo. La policía, dijo, aceptó la prueba, pero la mujer siguió acusando y mortificando a los chicos. Ahmed Manasra ha estado pensando en este incidente y preguntándose si el temor que generó hubiera podido ser una especie de punto de inflexión para sus sobrinos. «Nuestros niños no tienen una infancia normal —dice—. Desde el minuto mismo en que abren los ojos se despiertan a una realidad de controles, soldados y colonos que insultan a sus madres. Ven las noticias de Gaza, a niños como ellos bombardeados y sin hogar. Oyen que un chico de su edad ha sido quemado vivo por los israelíes. Están tristes y asustados. No es un ambiente sano.» Aun así, dice, no puede hacerse a la idea de que sus sobrinos fueran capaces de hacer lo que hicieron una tarde normal y corriente de 2015.

Era lunes, y Hassan llegó a casa como de costumbre después de asistir a sus clases de décimo curso en la Escuela Ibn Khaldoun, donde destacaba en sus estudios y era conocido por su buena conducta. Ahmed, que siempre tuvo que esforzarse desde el punto de vista académico y era considerado más bien infantil para su edad, regresó de la cercana Escuela Primaria Nueva Generación. Hassan dijo a su